

10 años de la muerte de Ulate

Rafael Angel Arias

El 27 de octubre de este año se cumplieron 10 años de la muerte del ex presidente Ulate y el país sigue en deuda con él. Realizó, a pesar de la prudencia económica de su gestión, un gran programa de infraestructura: escuelas, cañerías, carreteras, puentes, plantas eléctricas; además, realizó una importante campaña de letrización y otra de erradicación de la malaria. En su último mensaje presidencial declaró: "La nutrición de los escolares ha sido desde el comienzo del gobierno una de sus más constantes preocupaciones". Hay que citar igualmente, la creación del Banco Central, la Contraloría General de la República, el financiamiento del ICE, su obra de saneamiento fiscal, la Ley de Administración Financiera, la Ley Orgánica del Sistema Bancario Nacional, la Ley de la Moneda, el establecimiento del decimotercer sueldo para los empleados de la Administración Pública, etc. Pero más importante que lo mencionado anteriormente, mucho más, y a la par de la obra de reconstrucción moral que realizó, está el fortalecimiento de la dinámica de la democracia costarricense. Dos instituciones contribuyeron a la consolidación de nuestra democracia: El Código Electoral del 10 de diciembre de 1952 y el Estatuto de Servicio

Civil del 30 de mayo de 1953. Ulate es el último de los representantes de la corriente liberal que domina el escenario político de Costa Rica durante casi 90 años. Cada vez que las circunstancias se lo exigen hace patente su tradición liberal y, en el ejercicio de la Presidencia, la creación de esas dos importantes instituciones: el Código Electoral y el Estatuto del Servicio Civil son en gran parte producto de su arraigada ideología liberal. Mantuvo siempre la tesis de que la democracia es una forma de vivir el uso y la práctica de todas las libertades públicas. Su gran poder, cuando ejerció la presidencia de la República "descansó en el cariño de su pueblo".

Pocos días antes de morir me dijo: "Paz y democracia son inseparables, y todo aquel que defienda la paz debe también querer la democracia". Parecía adivinar los embates que, pocos años después de su muerte, estaría padeciendo la democracia costarricense. Como periodista (y lo fue brillante) tenía arraigado el profundo convencimiento de que la prensa juega un papel decisivo en la conducción de la cosa pública y que ella es el reflejo permanente de los actos de gobierno a quien debe orientar con su crítica.

Quienes tuvimos la gracia de su amistad y caminamos con él podemos afirmar que se fue de este mundo con el orgullo de los hombres rectos, con la frente muy en alto para su entrada a la eternidad.

Elevado en la presidencia de la República, la sirvió con el intelecto limpio y con el alma abierta a la amistad de todos. Elevado también en su profesión de periodista limpio, brillante y valiente.

Respetuoso de la juridicidad, no quiso ni un instante gobernar sin Constitución.

Hace diez años lo llevamos al Cementerio de su ciudad de Alajuela, bajo los acordes del duelo de la patria y el dolor de sus amigos. Habíamos perdido la ventura de su compañía y Costa Rica su guía viva hacia altos fines. Pero nos quedó su enseñanza; sus virtudes están arraigadas; el ejemplo de su vida es imborrable y cuando en el devenir del tiempo se pregunte el pueblo de Costa Rica que quién moldeó en su historia, como sobre la roca, la devoción por la libertad de sufragio y el respeto por el manejo honesto de la cosa pública habrá de resonar fuerte el nombre de Otilio Ulate.

El país está en deuda con él y, esa deuda, no ha sido pagada.